



## SECCIÓN TEMÁTICA

## LAS CEREMONIAS DEL PRIMERO DE MAYO EN EL CAMBIO POLÍTICO MEXICANO

Salvador Maldonado Aranda\*

*El COLEGIO DE MICHOACÁN*

La celebración del primero de mayo en el Zócalo del Distrito Federal, durante varias décadas, fue una ceremonia simbólicamente significativa para la renovación de la legitimidad del régimen corporativista mexicano; sin embargo, desde principios de los años ochenta, ha sido sistemáticamente impugnada tanto por sindicatos disidentes de agrupaciones oficiales e independientes de éstas como por asociaciones y movimientos campesinos o urbanos, hasta llegar a ser suspendida en el año de 1995. Si bien este suceso histórico expresa de alguna forma las fisuras del corporativismo sindical, no deberíamos exagerar una lectura lineal de su declive o cambio a uno más “democrático”. En este artículo argumentaré que los cambios en la celebración del Día del Trabajo constituyen “momentos” paradigmáticos de las contradicciones subyacentes que encierra la transformación del sistema corporativo mexicano, así como éste dentro de la transición política en general.

(Ceremonia, transición, corporativismo, sindicalismo, protesta obrera)



### INTRODUCCIÓN

El impacto del proceso de reestructuración económica y política que desde la década de los años ochenta del siglo XX experimenta el país ha colocado al corporativismo sindical ante una suerte de “desfase” temporal, político y simbólico, de una cultura de intermediación y representación de intereses articulada por la ideología de la –institucionalizada– “Revolución Mexicana” del régimen priísta, a una nueva forma de intermediación definida por los valores e intereses del neoliberalismo. Entre un periodo

\* salvadorm@colmich.edu.mx

“tradicional” en que la cúpula obrera oficial mantuvo un protagonismo significativo en la formulación de políticas públicas hacia el trabajo como a nivel ceremonial, y un periodo “neoliberal” en que la liberalización económica y transición política trastocó prácticas de negociación y rituales públicos de interacción. De hecho, este “desfase” entre una determinada cultura de la reciprocidad orquestada por y desde el Estado y una cultura de la reciprocidad definida cada vez más por el mercado,<sup>1</sup> es lo que ha dado lugar a una “ambivalencia” simbólica de los actos públicos oficiales, en la medida en que la clase política reivindica un proyecto neoliberal de nación bajo un fuerte debate sobre sus contenidos populares, nacionalistas y cívicos, al grado de verse imposibilitada de legitimar sus prácticas, producto de sus diferencias ideológicas como por el distanciamiento del debate público hacia la sociedad civil.

En este sentido, lejos de darse un declive absoluto del corporativismo sindical, éste ha venido adecuándose a las distintas circunstancias cambiante cuyas bases de poder siguen inalterables hasta hoy.<sup>2</sup> Los gobiernos neoliberales si bien pretenden y, en ciertos casos, logran transformar las bases de poder sindical, las cuotas de poder entre distintos liderazgos u organizaciones obreras y canales de comunicación hacia los trabajadores, el corporativismo continúa ocupando un lugar preponderante dentro del sistema político y en el ámbito laboral de la industria mexicana. De manera más específica, las relaciones entre el corporativismo y el nacionalismo revolucionario, que emergió con la consolidación del régimen priísta si bien han sido críticas no se vislumbra un desmantelamiento profundo. La cúpula obrera oficial sigue arropada bajo la misma ideología postrevolucionaria, incluso de una manera más abigarrada en virtud de las políticas de las elites neoliberales en su promoción de la reforma del Estado, por medio de una “actualización” de los ideales de 1910. En parte, esto posibilitó que el sistema de intermediación y

---

<sup>1</sup> Por “cultura de la reciprocidad”, se entiende, al conjunto de intercambios y transacciones relacionados con la moralidad o el interés, en la medida en que cada uno de estos valores produce determinadas formas de responsabilidad política (Para una discusión crítica y exhaustiva, véase el interesante ensayo de Terradas (2002).

<sup>2</sup> Un ejemplo puede ser el liderazgo que ocupa Elba Esther Gordillo en el sindicato magisterial.

representación político-sindical; esto es, el corporativismo, ganara más credibilidad entre la sociedad civil que los pactos neoliberales propuestos para desterrar los vicios públicos y las formas caciquiles de poder sindical. Ciertamente, hay casos específicos de organizaciones y sindicatos que han sido cuestionados por sus prácticas clientelares y mafiosas, pero en el fondo, la intermediación sindical funciona como un mecanismo preponderante en el diseño del cambio social, de una manera más importante que sus críticos esperarían. En parte, porque el corporativismo y el nacionalismo revolucionario adquirió mayor coherencia ideológica entre los sectores bajos de la población que los valores individualistas de una democracia liberal promocionada por la tecnocracia. Por tanto, el escenario mexicano actual nos presenta una serie de paradojas que ameritan análisis más profundos, centrados en la producción de las realidades históricas. Y es importante no perder de vista este tipo de conexiones históricas a las que me he referido, pues no se pueden equiparar experiencias históricas de otros países con el caso mexicano, en donde, por ejemplo, la transformación de regímenes autoritarios de Europa del Este o del Cono Sur implicaron toda una reformulación política vía el “silenciamiento” de su pasado, en la medida en que pretendieron construir democracias “sin historia”. Sus regímenes democráticos, en parte dependen de la capacidad de hacer un exorcismo de su pasado para eliminarlo de la conciencia pública, condenando atrocidades e injusticias al baúl del olvido.

La experiencia mexicana de su arribo a la llamada modernidad neoliberal y globalización ha sido bastante confusa y contradictoria a la vez. Tenemos un régimen político que ha sido producto de un pacto entre distintas fuerzas políticas para la transición, pero cuyos acuerdos no han posibilitado ni un juicio al pasado ni una responsabilidad asumida en el presente. Las principales fuerzas políticas como los partidos, sindicatos u organizaciones civiles hablan frecuentemente de acuerdos, negociación y diálogo a efecto de “superar” las crisis económicas e impulsar “cambios” sociales. Pero lo hacen de una forma que nadie se responsabiliza por lo que está aconteciendo fuera de la esfera pública. Incluso, adoptan tesis semejantes al “juicio final” de la historia como si existiese un tribunal futuro donde, pasado el tiempo, invariablemente todos tendrían que dar cuenta de sus actos. En parte, esto es así porque la cultura

del Estado postrevolucionario –esto es, el complejo de prácticas y rutinas cotidianas que inscriben la idea de estado como un árbitro y un ente suprasocial en el cuerpo individual y social (Sayer 1996)–, institucionalizó un modelo de convivencia en que las relaciones personales “pesan” más que la ley. Pero también, porque las dimensiones ritualistas y ceremoniales del Estado construyeron y renovaron cotidianamente una forma de negociación clientelar entre la población y la autoridad política, que sigue determinando en gran parte la conducta pública y privada. Como sea, éste es uno de los temas más complejos a la hora de interpretar los cambios y transformaciones simbólicas de un régimen político a otro, donde las prácticas instituidas siguen permeando las formas de negociación e interacción social. ¿Cómo entender, entonces, las transformaciones ceremoniales sucedidas durante los días primero de mayo, en que desde la década de los años ochenta sindicatos y organizaciones obreras y urbanas no afiliadas al oficialismo priísta impugnan el “control” y la “legitimidad” que se atribuye la cúpula obrera para celebrar los días del trabajo en un lugar histórico como lo es el Zócalo capitalino? Una respuesta tentativa que intentaré documentar a lo largo del trabajo es que la celebración de los días primero de mayo constituye un espacio de un proceso más amplio de “teatralización” (Balandier 1994) del cambio político. Lo que está en juego es más bien una invocación simbólica al cambio que lo que realmente y en la práctica líderes o dirigentes de organizaciones y movimientos obreros o urbanos pueden hacer por él. No es tanto un motivo para la articulación de un movimiento social significativo que pudiera posibilitar el colapso del corporativismo y su transición, aun cuando haya esfuerzos en ese sentido, sino más bien es un acto público rodeado de múltiples prácticas y objetivos particulares. Sin embargo, a un nivel más cotidiano, la gente común que participa en la celebración sí llega a creer en la posibilidad de que se puedan generar cambios por medio de su participación política en las marchas o mítines obreros. En los últimos años han concurrido de manera más amplia, al acto público en el Zócalo, organizaciones indígenas, urbano-populares, campesinas, etcétera, provenientes de varios puntos del país, como del Distrito Federal. Y han tomado en serio su papel en las convocatorias que hacen los sindicatos nacionales para protestar contra las políticas impopulares del gobierno. Pero, desafortunadamente, quedan mediati-

zadas sus formas de protesta y consignas por prácticas y lenguajes oficiales, definidos por los líderes de las grandes agrupaciones sindicales. Lo que esto supone, es un proceso de mediación simbólica y política de conflictos locales por todo el montaje configurado para determinados fines, fundamentalmente televisivos o expresivos a los mismos participantes de la celebración.

La concurrencia de miles de personas como la plétora de consignas llega a contagiar de euforia y anhelos, preferentemente por los subalternos, pero no es un buen punto de partida analítico. En una forma, el suceso se convierte en un acto de reafirmación de liderazgos obreros –por su capacidad para invocar a sus trabajadores afiliados a gritar consignas o a mantenerlos pasivos–, que lo que se podría esperar despertaran un sentimiento de crítica. De otra forma, alusiones y críticas a los gobiernos en turno, a miembros del gabinete gubernamental y aún a sus mismos líderes obreros por parte de personas asistentes, son consignas y refranes ensayados como previamente instituidos en la jerga de lo que los periodistas llaman la “lírica de la marcha”. Como tal, la celebración del primero de mayo contiene un alto grado de teatralización política, el cual puede exagerar, limitar o disimular tensiones de la realidad del país. Pero no debemos confundir y dejarnos llevar por análisis que exaltan la política como un asunto de espectáculo; aunque en sí mismo sea un fenómeno interesante, adoptando el mismo lenguaje de los políticos y tergiversando su estudio fuera de su contexto histórico y de las relaciones de poder que la configuran. Sólo refiero este comentario a propósito de la preocupación de varios analistas por entender lo que está ocurriendo con el discurso hegemónico de la transición política en el ámbito académico, donde después de la caída del muro de Berlín y de la alineación de regímenes políticos al sistema corporativo-democrático-neoliberal, hemos entrado en un momento crítico en que las ciencias sociales están adoptando el mismo lenguaje bajo el paradigma del “presentismo” (*cfr.* Hartog 2005). Un modo de reflexionar sobre el presente que niega el pasado o lo convierte en objeto estilístico en calidad de memoria oficial, dejando de lado la producción histórica de realidades en su conflictiva articulación y, con ello, desmembrando las continuidades entre pasado-presente y futuro (Narotzky 2005). Si lo que el “presentismo” narrativo está configurando es un modo de reflexionar nuevo,

centrado en un lenguaje de reconciliación, entonces debemos ser críticos con la política del espectáculo que cada vez más se arraiga en México.

Lo que haré en este artículo es reconstruir de manera general los cambios en la celebración del primero de mayo por medio de la pregunta ¿qué papel ha jugado el corporativismo sindical mexicano en los “festejos” del día del trabajo, y cómo se ha vivenciado desde sus protagonistas? ¿Cómo y en qué sentido se han venido modificando sus discursos, posiciones y alianzas históricas con el Estado mexicano y hacia movimientos y organizaciones obreras emergentes? Intentaré dar algunas respuestas tentativas si bien todavía preliminares. Como sea, el día del trabajo constituye un acto público significativo no sólo por que en él confluyen la mayoría de las corrientes del sindicalismo mexicano,<sup>3</sup> sino también porque es un producto ideológico de la cultura nacional postrevolucionaria. En este sentido, condensa ciertas lógicas de las relaciones históricas establecidas entre el Estado, la clase obrera y el sector empresarial.

#### RITUALES Y CAMBIO POLÍTICO

La importancia que guarda el Primero de Mayo respecto de la transición no sólo puede ser definida por la enorme variación política y simbólica que sustancialmente las ceremonias oficiales experimentan en periodos de cambio, sino además porque dichas ceremonias constituyen espacios de teatralización de las transformaciones políticas y económicas. La manera en que los rituales políticos exaltan, magnificando, los conflictos y las tensiones sociales propios del cambio mexicano, sugiere entender la transición política como un drama social (Turner 1974, 37), en cuyas fa-

---

<sup>3</sup> Por corrientes del sindicalismo mexicano nos referiremos a tres tradiciones político-sindicales con objetivos y estrategias distintas, las cuales se arraigan en ideologías políticas diferentes aunque por momentos intercambiables. El sindicalismo oficial, el cual alude al movimiento obrero liderado por la CTM y sindicatos registrados en el Congreso del Trabajo. Por sindicalismo disidente, nos referimos a organizaciones y sindicatos obreros que se han “desprendido” del movimiento obrero oficial y, por sindicalismo independiente, al conjunto de sindicatos y agrupaciones obreras consideradas de izquierda. Para una revisión histórica de las corrientes sindicales, véase Carr (1996).

ses de crisis, reajuste y reintegración política, los actores escenifican de modo espectacular sus diversas posiciones y puntos de vista, o consensos y disensos en torno de la reforma del Estado.

Si la transición puede ser vista como un drama social es porque, a diferencia de otras formas de transición latinoamericana, asumió como peculiaridad significativa la de ser una transición vía transacción o transición pactada. En ningún sentido la transición fue motivo de rupturas o cambios drásticos como se experimentó en regímenes del Cono Sur y Centroamérica o Europa del Este, donde los cambios políticos resultaron o bien del derrumbe de regímenes militares y autoritarios por revueltas populares, rebeliones de elites e intervención extranjera. Antes bien, la característica del cambio mexicano fue y ha sido pactar políticamente las diversas reformas del régimen en una suerte de “revolución sin rupturas”, semejante a la ideología de la “Revolución institucionalizada”. Dichos pactos por reformar el régimen, a la vez, colocaron a la transición política ante un dilema, entre el principio de que la única forma de transitar a la democracia sería negociando, dada la ausencia de un colapso total del régimen, y el hecho de que la elite política dominante mantuvo el control del proceso político, imponiendo el modelo de la transacción. Pero a la vez, el marco institucional en el que tuvo lugar la competencia por el poder dificultó las transacciones, la negociación y el arribo a acuerdos (Lujambio 1995, 12). El resultado fue una serie de fases dramáticas en las que la transición adquirió un significado importante y espectacular a lo largo del cambio político experimentado hasta el momento.

Este tipo de modalidad transicional asumida en México ha generado un cúmulo de elementos novedosos en cuanto a los rituales públicos celebrados durante el régimen priista. En primer lugar, la transición pactada entre las principales fuerzas políticas y económicas proclives a mantener viejos privilegios del anterior régimen ha estado sujeta a condiciones estratégicas y coyunturales. Esto ha dado lugar a una serie de “usos” políticos de las ceremonias. Casos ilustrativos son, por ejemplo, las impugnaciones (interpelación) abiertas de la oposición a los informes anuales del presidente de la República,<sup>4</sup> las ceremonias de apertura de

---

<sup>4</sup> Uno de los debates que ello significó fue el de si el informe presidencial constituía, como tradicionalmente se había concebido, un “mensaje a la nación”, o más bien un mo-



los trabajos legislativos en la Cámara Baja o bien en las propias ceremonias de conmemoración de alguna fecha histórica.<sup>5</sup> En segundo lugar, si la ruta transicional mexicana adoptó la forma de una transacción elitista, la gama de protagonistas subordinados a los acuerdos cupulares de los partidos, sindicatos u organizaciones políticas encontraron un espacio de oportunidad política desde el cual plantearon demandas relacionadas con la inclusión política. Los rituales como el Primero de Mayo pueden sintetizar reclamos por nuevos espacios de diálogo. Común a este tipo de rituales son las crecientes movilizaciones populares de organizaciones políticas y del PRD experimentadas antes, durante y después de la celebración de elecciones federales o estatales, en las crecientes protestas populares contra acuerdos cupulares sobre la implementación de reformas neoliberales en el ámbito del trabajo, educación, salud, etcétera.

En este sentido, la transición podría interpretarse como un momento “liminar” (*cf.* Turner 1974), entre el cambio del régimen priísta autoritario a otro de tipo “democrático”. Es justo este momento liminal en que invita a un análisis de la teatralidad de la transición política. Sin embargo, de la amplia gama de rituales y ceremonias, el Primero de Mayo constituye un evento lleno de signos y símbolos que, entremezclados o sobrepuestos, otorgan un carácter especial a la ritualidad de la transición. Es posible aceptar, como algunos investigadores lo han hecho (Sánchez Díaz 1996; Quiroz 1999), que las ceremonias del Primero de Mayo funcionan como un parámetro para el análisis político de las contradicciones del sindicalismo mexicano. No obstante, este tipo de aproximaciones dejan de lado las expresiones simbólicas y rituales de la política (Lomnitz 1990). Como sostiene Kertzer, “La política se expresa por medio del simbolismo [...] Para interpretar el proceso político, es necesari-

---

mento en que el presidente debía “rendir cuentas a la nación”. Las interpelaciones que por primera vez, desde 1988, se hicieron al presidente por líderes de fracciones parlamentarias de partidos opositores al gobierno ocurrieron en un ambiente de oposición legislativa, particularmente a partir de 1997, fecha en que la oposición gana la mayoría en el Congreso.

<sup>5</sup> El caso más ejemplar es la conmemoración de la expropiación petrolera, donde desde 1988 Cuauhtémoc Cárdenas presidió ceremonias “paralelas” a las realizadas por el gobierno nacional.

rio comprender cómo lo simbólico penetra dentro de lo político, cómo los actores políticos consciente o inconscientemente manipulan símbolos, y cómo esta dimensión simbólica se relaciona con las bases materiales del poder político” (1988, 3). Por ello, Balandier no duda en afirmar que: “Todo sistema de poder es un dispositivo destinado a producir efectos, entre ellos los comparables a las ilusiones que suscita la tramoya teatral” (1994, 16).

Desde esta perspectiva, varios autores se han aproximado al estudio de los rituales políticos en sociedades contemporáneas. De acuerdo con Abéles,

los mítines y las manifestaciones tienen en común con los rituales de consenso el hecho de que exigen una presencia física de los protagonistas; igualmente están localizados, se descomponen en una multiplicidad de secuencias, combinan palabras y símbolos no verbales: gestos, manipulación de objetos de valor simbólico, todo ello en una puesta en escena que integra el conjunto acción/discurso según un ordenamiento convencional (1994, 8).

Más adelante afirma,

el aspecto religioso de estas ceremonias remiten todas ellas a algo trascendente (la nación, el pueblo, la clase obrera); trascendencia que se evoca en el discurso del (o de los) oficiante o por medio de los símbolos empleados en estas ocasiones [...] Nos encontramos ante un ritual en toda la extensión de la palabra. Fragmentación y repetición por un lado; dramatización por otro: todo contribuye a producir “la trampa de pensamiento”. Igualmente encontramos en funcionamiento los cuatro ingredientes, sacralidad, territorio, primacía de los símbolos, y valores colectivos (*Ibid.*)

Desde una perspectiva similar, Pierre Rivière ha analizado varios tipos de conmemoraciones político-públicas, relacionadas con los rituales. Así, ha distinguido diferencias entre “rituales profanos” (1995a), relacionados con escenificaciones de batallas o conmemoración de fechas históricas, y rituales entendidos como “liturgias políticas” (1995b), cuyas celebraciones dan cuenta de las ceremonias de toma de posición, discursos oficiales, etcétera.

## ANTECEDENTES DEL PRIMERO DE MAYO

De acuerdo con Hobsbawm, el desfile del Primero de Mayo puede interpretarse como una (tradición inventada) que no sólo representa aspectos esencialmente sociales, como políticos en relación con el Estado nacional. El aspecto político se refiere a la manera en que organizaciones y partidos de masas pretendieron convertirse en regímenes, mientras que lo social llega a ser la expresión de la conciencia de los trabajadores como clase aparte, dado que esto era inseparable de las organizaciones de dicha clase (2002, 297). El Primero de Mayo comenzó a celebrarse en un momento de crecimiento y expansión extraordinarios de los movimientos obreros y socialistas de numerosos países. Sin embargo, pronto se transformó en una fiesta y un ritual anuales con el fin de satisfacer las peticiones de las bases. Con ello, el contenido político original (demanda de ocho horas de jornada de trabajo) pasó a un segundo plano y dio paso a las consignas que atraían a los movimientos obreros. El desfile público de los obreros como clase formó el núcleo del ritual. En él emergió gran parte del simbolismo popular, como el auge de la gorra, la adopción de los deportes y en particular el fútbol, lo mismo que aspectos centrales de la comunidad imaginada: patriotismo y nacionalismo (*Ibid.*)

En México, la celebración del Primero de Mayo fue una tradición profundamente conectada con la formación del Estado nacional y en cierto sentido lo ha seguido siendo, aunque cada vez más impugnada por la clase trabajadora. No obstante, los inicios de dicha tradición comenzaron fuera del marco oficial. En 1913 se registran los primeros datos sobre la celebración bajo el régimen de Victoriano Huerta, aunque según historiadores del movimiento obrero, en la ciudad de Chihuahua se realizó un acto en 1892 organizado por tres sociedades mutualistas (Fernández y Taibo II, 1982). Como sea, en el Primero de Mayo de 1913, celebrado en la ciudad de México, podemos encontrar los primeros signos distintivos de una celebración formal. Un periódico reseña que “una serie estruendosa de sonidos producidos por los silbatos de los ferrocarriles, fábricas y talleres de la capital, durante las primeras horas de la madrugada de ayer anunciaron la celebración” (citado en Fernández y Taibo, *Ibid.*) Concentrados en la plaza de armas, frente al palacio nacional, desde las ocho de la mañana llegaron núcleos obreros que paula-

tinamente se iban organizando en columna para conmemorar por primera vez el Primero de Mayo. La celebración se simboliza en la plaza de las armas y la bandera roja cruzada por una franja negra; símbolo hasta esa fecha desconocido. Al mismo tiempo, en el mitin, en la velada, en la manifestación y en todos los actos sociales del proletariado, se escucharon las notas vibrantes de la “Marsellesa”, “Hijo del Pueblo”, y la “Internacional”, en tanto símbolos de lucha asociados a consignas centrales como jornada diaria de ocho horas y descanso dominical (Araiza 1977). El itinerario del recorrido comenzó a marcar señales de lugares históricos en la marcha, el cual hace suyas las calles céntricas del Zócalo y con aplausos desde los balcones se instauran lugares “centrales” de realización de “paradas” o mítines, en medio de permanente vigilancia en el recorrido y en la celebración en el Tívoli del Eliseo y kermess o bailes populares a los que concurren miles de personas (*Ibid.*)

En 1916, al final de la ceremonia/manifestación, soldados dispararon contra los participantes; en 1919 la policía recibió orden de impedir la formación de grupos y la organización de manifestaciones obreras; en 1921 se produce un incidente entre los manifestantes cegetistas y miembros de la Asociación Cristiana de Jóvenes Mexicanos (Monzón 1982, 162). En 1922, el gobierno declara el Primero de Mayo como “día de fiesta”, a la par que se llevan a cabo dos manifestaciones separadas, una organizada por la CGT y otra por la CROM. Para 1923 y 1928, según Monzón, la celebración del Primero de Mayo coincide con la época en que la CROM se convierte en la principal central obrera y campesina del país. A su cargo corre la organización de la mayoría de los actos de conmemoración:

En las manifestaciones: cartelones, estandartes, banderas rojinegras, banderas mexicanas –por primera vez en 1923–, cohetes, campanas de las iglesias a todo vuelo, silbatos de fábricas y locomotoras, globos que lanzan papeletos de colores con leyendas alusivas, bandas de música que interpretan canciones populares e himnos al trabajo, carros alegóricos, obreras y artistas ataviadas con vestidos regionales típicos sobre capacetes de automóviles adornados con flores y serpentinas, miembros fundadores de la CROM con uniforme rojinegro, motocicletas con soldados precediendo a la cabeza de la manifestación, cabalgatas de charros a caballo a la vanguardia y retaguardia del desfile (*Ibid.*)

Es justo en el año de 1925 cuando la manifestación del Primero de Mayo adquiere un tono oficial, cuando el presidente de la República, Plutarco Elías Calles, se encuentra en el balcón central del Palacio de Gobierno para “observar” el paso de los contingentes obreros y saludarlos, acompañado por su gabinete. En fechas posteriores, la celebración si bien tendrá como sello distintivo el desfile “cívico”, entre 1929 y 1932, se organizan varias manifestaciones, algunas de ellas las presenciaria el presidente. En 1930, por ejemplo, son cuatro las manifestaciones efectuadas paralelas al desfile oficial; mientras que en 1931, bajo vigilancia de policías y gendarmería montada en las calles y las corporaciones militares acuarteladas, se efectúan dos marchas y un mitin, y ninguna de las tres es presenciada por el presidente. Para 1934, la Cámara Nacional del Trabajo organiza una manifestación de carácter antifascista y antibelicista, al igual que otra manifestación organizada por la CGOCM. Son tiempos de inicio del régimen de Cárdenas, quien por primera ocasión envía un “mensaje” al proletariado mexicano. Para 1935, la celebración del Primero de Mayo refleja la transición hacia la unificación (corporativización) del movimiento obrero. De hecho, en 1936 la CTM hace su aparición pública al organizar una manifestación en la que participan la FROC, la Cámara Nacional de Comercio, trabajadores al servicio del Estado y organizaciones comunistas y de izquierda, menos la CROM y la CGT. Los líderes del corporativismo ocuparon los primeros lugares en la ceremonia. Precedidos por una avanzada de seis motociclistas de tránsito, el Comité Ejecutivo de la CTM inicia la “marcha” y una vez que llega al Zócalo se traslada a uno de los balcones de la Secretaría de Hacienda para desde allí presenciar el desfile, que se distingue por banderas y cartelones en los que trabajadores manifiestan su “lealtad” al presidente y se declaran en contra de líderes explotadores, del imperialismo norteamericano, contra la dictadura en Cuba, etcétera. Frente a este acto, una vez terminada la marcha entra al Zócalo otra manifestación integrada por organizaciones autodenominadas independientes: CROM, CGT, la Federación de obreros del D. F., la Liga Nacional Campesina y Casa del Pueblo, la cual transcurre en silencio. Entre 1938 y 1941 la celebración transcurre bajo márgenes oficiales y organizada por la CTM y la FSTSE, aún cuando en 1941 la CROM y la CGT realizan dos mítines.<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> Información procesada con base en Rosalinda Monzón, *op. cit.*

Sin embargo, fue en 1952 cuando el presidente de la República, gabinete nacional y líderes sindicales presenciaron desde el balcón principal del Palacio Nacional el desfile oficial, con su respectiva inauguración con honores a la bandera, la banda del ejército y la salutación, para después pasar a ocupar su lugar en el balcón. En esa fecha, el presidente Miguel Alemán; considerado el primer obrero de la nación, inaugura el desfile del Primero de Mayo desde la calle. Posteriormente, en mayo de 1976, según registra Calderón,

Luis Echeverría llevó a cabo una acción inusual; el presidente bajó del balcón central para estrechar las manos de los trabajadores. Se improvisó un templete. Durante el desfile Echeverría presenció el que algunos de los contingentes obreros en el momento de pasar frente al balcón mostraban el puño cerrado en alto y gritaban “este puño sí se ve”. Al ver esa actitud, pidió la bandera nacional y descendió hacia el Zócalo. Para Echeverría, la bandera tricolor era el único símbolo aceptable en un país libre; a su juicio, el puño cerrado se utilizaba en países en donde se encerraba en manicomios a intelectuales y líderes disidentes; se trataba de un emblema fascista, “símbolo de una actitud dogmática, poco dialéctica y profundamente reaccionaria”. Para Echeverría, esos pequeños grupos eran los mismos que el año anterior habían provocado problemas en el desfile (inédito, s/p).

Es posible que a partir de esa fecha la organización tradicional de la ceremonia comenzara un momento crítico respecto de la forma en que comúnmente se rendía culto al presidente de la República y a los dirigentes obreros oficiales frente al balcón principal del Zócalo. Varios sindicatos y organizaciones independientes encontraron en el Primero de Mayo un espacio importante para criticar la política y los reajustes económicos de 1976 provocados por la crisis. También en estas fechas observamos la constitución de nuevos frentes de lucha obreras y populares que emergieron de los movimientos sociales post 68, y en particular del movimiento de insurgencia obrera.

## EL CORPORATIVISMO IMPUGNADO

El año de 1982 constituye en la historia mexicana la entrada del neoliberalismo económico vía las políticas de reajuste estructural. El gobierno de Miguel de la Madrid hace pública su política de renovación moral en medio de una serie de acuerdos con el FMI y el BM con el fin de superar la crisis económica. En el ámbito laboral, la implementación de políticas de ajuste económico y reestructuración productiva mediante modelos de reconversión industrial de las empresas y desincorporación de paraestatales, se tradujo en acciones políticas concretas como despido masivo, renovación de la planta laboral, innovación de paquetes tecnológicos, programas de productividad, etcétera. En el ámbito sindical, dicho proceso se tradujo en varios intentos de renovación del corporativismo mexicano, ante lo que varios analistas llamaron la “derrota de la clase obrera” (De la Garza 1993). Por supuesto, el intento por reformular el corporativismo resultó infructuoso, ya que el núcleo de interlocutores que el Estado había venido privilegiando durante varias décadas colocó al gobierno federal ante un problema político nacional: si los pactos sobre la reforma del Estado podrían tener algún éxito, sólo sería viable a partir de transacciones cupulares y no mediante la sustitución de la cúpula corporativa por nuevos líderes sin cobertura nacional, tal como se había ensayado durante el gobierno de Echeverría, privilegiando a la CROC en las negociaciones sobre la política laboral.

Es en este contexto neoliberal en que el movimiento obrero se expresó mediante una ola de manifestaciones, protestas y huelgas como consecuencia de los arreglos corporativos de reestructuración productiva y sindical. En las celebraciones del Primero de Mayo, a partir de 1982, se constituyó en un espacio de crítica realizada por los sindicatos afectados u oportunistas de ocasión. Los movimientos de protesta de sindicatos independientes y disidentes comenzaron a “utilizar” los desfiles como una arena de expresión de sus distintas demandas laborales y políticas. En 1979, por ejemplo, se calculó que cerca de un millón 250 mil obreros desfilaron por el Zócalo durante cinco horas, enarbolando mantas en demanda de reivindicaciones salariales y mejores prestaciones, defensa del derecho de huelga. Como documenta Calderón, las marchas de los sin-

dicatos independientes poco a poco irían incrementándose a lo largo de los años. Ya en el año de 1980, cerca de trescientos mil trabajadores habrían de manifestarse. En realidad no se trata de un solo desfile sino de varios. Las múltiples manifestaciones de sindicatos, organizaciones populares y movimientos urbanos que pretendían acceder al Zócalo protagonizaban batallas campales contra miembros de sindicatos oficiales y de la policía y Estado Mayor Presidencial (*op. cit.*)

La dinámica de las movilizaciones de sindicatos independientes y disidentes no sólo hicieron del Primero de Mayo un medio de impugnación al poder estatal, sino también, en coordinación con otros sindicatos y coordinadoras, pudieron extender formas de protesta a zonas industriales como el valle de México, cercanas al Zócalo capitalino. Los posteriores desfiles del Primero de Mayo se convirtieron en el espacio estratégico de la disidencia obrera para expresar un rechazo a las políticas neoliberales. Nuevos símbolos asociados a la disidencia comenzaron a sustituir la iconografía oficial. Para el Primero de Mayo de 1981 ya había cambiado gran parte del significado oficial de la ceremonia. Diversas agrupaciones de sindicatos independientes y disidencias de sindicatos oficiales organizaron marchas de forma paralela a la de los oficiales, a pesar de que los oficiales trataron de “cerrar filas” para que contingentes opositores no se infiltraran en sus filas, y no lograran conquistar un “lugar” dentro de la estructura del recorrido. El desfile obrero significó entonces una arena social en que los sindicatos independientes y disidentes ironizaban los pactos establecidos entre el sindicalismo oficial y el gobierno federal. El ritual obrero comenzó a integrar los contenidos que seguiría la ruta del cambio económico y político mexicano.

Para 1983, la ceremonia oficial se desarrolló en medio de un fuerte dispositivo de seguridad, rodeando las cuadras del Zócalo capitalino con policías granaderos y miembros del Estado Mayor Presidencial; con señales de identificación de los principales sindicatos oficiales, los cuales llegaron por lo menos tres horas antes al desfile para ocupar sus “lugares” con el objetivo de no ser ocupados por independientes “infiltrados”. Mientras tanto, en los alrededores del Zócalo, se interrumpía el paso de otros sindicatos oficiales e independientes provenientes de varias entidades de la República. Nuevamente, como Calderón documenta,



En 1984, siendo ya presidente de la República Miguel de la Madrid, el desfile del Primero de Mayo dio paso una vez más a múltiples manifestaciones de descontento. Mientras que la CROC y la CROM “mantuvieron la tónica de respaldo al gobierno”, los trabajadores de la CTM formularon, “con frases en grandes mantas”, diferentes críticas a la política económica oficial. El desfile duró aproximadamente 6 horas. Oficialmente, el acto terminó a las 13:00 horas al culminar la transmisión del Instituto Mexicano de Televisión; sin embargo, los obreros siguieron desfilando y fue en esas condiciones cuando estallaron dos bombas molotov (*op. cit.*)

En 1985, la vigilancia policiaca se incrementaría de manera muy importante. Policías, granaderos y policía militarizada vigilaron la Plaza de la Constitución y las calles aledañas 48 horas antes de la ceremonia. Los trabajadores del sindicato de telefonistas encabezados por Francisco Hernández Juárez desfilaron con el puño en alto y exigieron aumento salarial. Por su parte, el SME criticó la política económica dictada por los intereses del FMI.<sup>7</sup>

Si el ritual del Primero de Mayo se convirtió por muchos años en el signo y la síntesis de la alianza entre el Estado y el sindicalismo oficial, donde el Zócalo capitalino servía como escenario y símbolo de legitimación relacionado con la nación, la llamada “conquista” del Zócalo comenzó a ser uno de los objetivos centrales de los independientes y sindicatos disidentes a partir del cual desaprobaban tal alianza histórica. La “desacralización” del acto oficial fue dando lugar a un discurso cada vez más polarizado. En consecuencia, las marchas y mítines llegaron a fundirse con otra serie de acciones en las que la protesta callejera o popular hacía de las suyas mediante el bloqueo de avenidas. En efecto, las calles del cuadrángulo del centro histórico eran motivo de confrontación en la disputa por entrar al Zócalo. Es posible que desde estas fechas las movilizaciones masivas que posteriormente causarían grandes estragos a la ciudad cobraran tanto ímpetu al traducir una imagen de poder sustentada en la presión política. Aún así, entrar al Zócalo significaba para los grandes contingentes opositores al oficialismo la reinención del pueblo en el margen del debate que sobre la nación había traducido el neolibe-

---

<sup>7</sup> *La Jornada*, 2 de mayo de 1985.

ralismo. Para 1986, varios sindicatos independientes decidieron crear la Mesa de Concentración Sindical para fomentar la unidad de los trabajadores. La mesa propuso llevar a cabo una marcha “organizada” en la que se mostrara la unidad de los trabajadores, tanto de los sindicatos oficiales y los independientes; sin embargo, el Congreso del Trabajo (CT) se negó. Las medidas de seguridad fueron reforzadas. Según Raúl Trejo Delarbre, citado en Calderón, en esa ocasión fueron enajenadas las calles.

Por primera vez en la historia del desfile “grandes rejas metálicas” de color azul fueron colocadas para evitar el paso de manifestaciones obreras y populares hacia el centro de la ciudad [...] Aquella marcha de 1986 sería organizada bajo la amenaza “de que sólo podría recordarse a los mártires de Chicago”; sin embargo, haciendo a un lado los deseos de Fidel Velázquez, múltiples mantas aludían a la carestía, a la suspensión del pago de la deuda externa, al rechazo a los despidos injustificados, al incremento salarial, entre otras cuestiones. Incluso hubo pequeños mítines frente al balcón central. Además, el desfile transcurrió “cinco metros más lejos de la acera del Palacio Nacional”. También participaron grupos de golpadores que infructuosamente intentaron impedir las manifestaciones de descontento (*op. cit.*)

Quizá el resultado más significativo que produjeron las marchas y mítines de los sindicatos independientes y disidentes, tras la colocación de rejas metálicas para impedir su paso hacia el Zócalo, fue la apropiación de las calles como formas de rechazo a la alianza oficial sindicalista. Durante el mismo acto oficial hubo marchas que se realizaron fuera del espacio de la sede de los poderes, reivindicando demandas contrarias a los sindicatos oficiales y criticando la alianza entre líderes “charros” y el gobierno. Las marchas hicieron de las calles su propio espacio y del Zócalo un escenario de impugnación del corporativismo. En las calles de la ciudad de México contingentes independientes marcharon a pesar de haber quedado fuera de las filas, gritando en medio de la multitud que se congregaba alrededor de ellos: “De la Madrid y el IVA nos tienen con la panza vacía”. No obstante, la conquista del Zócalo no fue un acto de simple contraste coreográfico.

Para los años de 1987 y 1988, la ceremonia confirmaría el esfuerzo de los independientes por participar del desfile oficial, aun contra la estricta vigilancia policiaca y los grupos de provocadores y golpadores ofi-

cialistas. Es en estos años donde podemos encontrar entremezclada, más no unificada, una cierta tradición de oposición de sindicatos y organizaciones independientes por hacer del desfile oficial una forma de protesta única y abierta al régimen político. De igual forma, también encontramos, quizá como herencia de las coordinadoras sindicales, de los primeros años de la década de los ochenta, a varios protagonistas nuevos, como el Movimiento Proletario Independiente, organizaciones de lucha populares y algunas organizaciones representantes de sectores marginales que, en coordinación con sindicatos independientes y disidentes, comenzaron a integrar, fragmentariamente, marchas y mítines alrededor de ideas comunes: “No al neoliberalismo”, “Alto a la privatización” y “No a la alianza histórica del sindicalismo oficial”.

En suma, el sexenio de Miguel de la Madrid termina con un saldo de represión cuantioso, con una crisis económica que por momentos parecía igualarse a la de los países del mundo africano y con una serie de compromisos neoliberales que habían dejado prácticamente en la miseria a miles de mexicanos. En este contexto, arriba a la presidencia de la República Carlos Salinas de Gortari, cuyo mandato fue impugnado por el movimiento neocardenista y organizaciones urbano populares, campesinas, obreras, etcétera, forzando a las principales fuerzas políticas a inaugurar y rediscutir un proceso de reforma del Estado, en la cual la transición política ocuparía un lugar estratégico dentro de la agenda política. Sin embargo, conforme la oposición política fue menguando sus consignas y batallas, a la vez que Salinas reconstruía el rompecabezas del mapa político que dejó la sucesión, la reforma siguió bajo el mismo maquillaje profundizando su impacto sobre los sectores más desfavorecidos. Pese a todo, la inauguración de la transición política trajo nuevos cambios. El más espectacular es el haber traducido las reformas institucionales en pactos de gobernabilidad, ideados desde un marco restrictivo que impuso la ingeniería constitucional priista durante las décadas de dominio. La transición vía transacción no sólo nulificó un cambio “radical” del modelo político mediante premios y castigos, sino que condicionó la propia negociación de la reforma a la consolidación de poderes elitistas, corporativos y regionales o caciquiles. El resultado, tal como lo hemos mencionado, fue la inauguración de una serie de fases dramáticas de la transición en las cuales la teatralización de acuerdos y disensos,

inclusiones y exclusiones ocupó un lugar importante dentro del espectáculo público.

En este sentido, las pugnas por la legitimidad de las celebraciones del Primero de Mayo no pueden verse como una trasgresión del guión público oficial, sino como parte de una tendencia ondular de la transición al impugnar los arreglos corporativos que pactaban el gobierno de Salinas y Fidel Velázquez sobre el modelo laboral mexicano pero, ante todo, como un desafío a la política de subordinación del sindicalismo mexicano. Es decir, los sindicatos independientes y disidentes del Congreso del Trabajo se enfrentaron ante los mismos problemas que criticaron al oficialismo sindical, readecuando la transición a sus propias realidades de caciquismo sindical. El surgimiento del Foro El Sindicalismo ante la Nación bajo el liderazgo, entre otros, de Elba Esther Gordillo, y la alianza de Salinas con el líder de los telefonistas, Francisco Hernández Juárez, son ejemplos paradigmáticos de las transacciones cupulares que por una parte el gobierno federal sostuvo como condición de la reforma y, por otra parte, como consecuencia de una “democratización” disfrazada del movimiento obrero.

En este doble carácter transicional en que el gobierno de Salinas se debatió, las celebraciones del Primero de Mayo enmarcaron los principios antitéticos de jerarquía corporativa e igualdad democrática. Las reformas estructurales impulsadas por Salinas de Gortari reprodujeron los mismos esquemas neoliberales de modernización del aparato productivo, pero ahora bajo la modalidad de modificar la Constitución ante la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio. No tardó en gestarse, por ende, un movimiento social enarbolando el nacionalismo revolucionario que colocó en la opinión pública discursos y consignas sobre la “salvaguarda” de la Nación y de la Constitución. El desfile ya no fue un medio de impugnación del corporativismo, sino un acto desde donde se anunciaba una política de inclusión. En síntesis, lo que estaba en juego era un proceso de lucha política entre los sindicatos por convertirse en actores protagónicos de la transición. Sin embargo, la celebración del Primero de Mayo también exhibía un grado importante de descontento social, sobre todo de nuevas capas de trabajadores que habían quedado sin trabajo. Los años del salinismo fueron tiempos en que nuevos símbolos de lucha aparecieron, ligados la mayoría de las veces con contenidos

“populares” en el sentido de una satirización de símbolos oficiales con figuras coloridas y caricaturescas del presidente de la República, líderes sindicales, empresarios, con la “quemá” de monigotes, discursos o denuncias. Todo esto fue imprimiendo nuevos significados al Primero de Mayo. En 1990 “[...] diez mil elementos de seguridad fueron desplegados. Por primera vez, Fidel Velázquez prácticamente no pudo participar ya que se le entumecieron las piernas. Fue cargado desde la Plaza de la Constitución hasta el Palacio Nacional. Esta vez, desde las tres de la mañana fue sitiado el Zócalo con rejas metálicas color azul marino. Además, los edificios de la zona fueron registrados desde esa hora por granaderos que llevaban perros de ataque, y elementos policíacos quedaron en las azoteas. El Zócalo sería rodeado por tres cinturones policíacos. “Toda la plaza de la Constitución estaba también circundada por soldados y policías”.<sup>8</sup> En el monumento a la Revolución se dieron cita trabajadores de la Cervecería Modelo, de la Coordinadora Nacional de Educación, de Tornell, de la Ford entre otras organizaciones. Un grupo de provocadores se infiltró en aquella marcha. Los independientes tuvieron que esperar varias horas en Reforma, en el cruce de la Avenida Juárez. A las 12:30 ese primer reten fue desarticulado y los marchistas lograron avanzar hasta Juárez y Balderas, lugar donde había otro retén. Ahí, el grupo de provocadores agredió a la fuerza pública dando paso a un pequeño zafarrancho resultando heridas varias personas. Por fin a las 14 horas con veintinueve minutos el retén fue retirado. Pocos después llegaron al Zócalo los primeros contingentes independientes y disidentes. El Movimiento Proletario Independiente organizó su propia marcha desde el Monumento a los Niños Héroes, logrando llegar también a la plaza de la Constitución. En ese contingente participaron El sindicato de ruta 100, la UCEZ, el Frente Popular Francisco Villa y otros grupos de colonias periféricas de la ciudad de México.<sup>9</sup>

Para 1993 y 1994 el desfile oficial se había convertido en una ceremonia estrictamente vigilada, depurada de cualquier incidente grotesco, calculada en tiempos precisos frente a la “presión” de los independientes y disidentes del oficialismo por llegar al Zócalo. Desde entonces, la

<sup>8</sup> *La Jornada*, 2 de mayo de 1990.

<sup>9</sup> *La Jornada*, 2 de mayo de 1990.

ceremonia fue convertida en un acto protocolario antes que un evento público de reafirmación del Estado nacional. No fue sino hasta el gobierno de Zedillo, y en medio de una serie de acontecimientos como el surgimiento de EZLN y el asesinato de Colosio, que el desfile oficial de 1995 se cancela su realización, por primera vez, en el Zócalo capitalino. Bajo el argumento de posibles enfrentamientos violentos entre sindicatos oficiales e independientes y disidentes, y ante supuestos atentados contra el presidente y dirigentes sindicales, motivos todos de supuesta “seguridad nacional”. La ceremonia oficial se realizó por primera vez en el Teatro Ferrocarrilero, mientras que el Zócalo fue ocupado por el sindicalismo independiente y disidente. Diversas crónicas hacen un recuento de los hechos, de las cuales Calderón sintetiza:

Meses antes del Primero de Mayo de 1995, habían surgido ya las advertencias por parte de la CTM respecto al peligro que representaba realizar la marcha obrera en el Zócalo ante la grave situación económica. La celebración podría desembocar en “graves estallidos sociales”. Por supuesto, aquella decisión provocaría diversas reacciones en contra. En efecto, en el Primero de Mayo de 1995, la ceremonia oficial se realizó en el Teatro Ferrocarrilero. Estuvieron presentes el Presidente Zedillo, el gabinete presidencial, los dirigentes de las 38 organizaciones del Congreso del Trabajo, del PRI y representantes de las Cámaras. Ochocientos de los 1200 participantes pertenecían al cuerpo de seguridad del Sindicato de la Industria del Hule. Fidel Velázquez, al ser interrogado por la “frialidad” del evento contestó al reportero: “hubiera traído su anafre”. Por su lado, Francisco Hernández Juárez, Pedro Castillo –electricista– y Carlos Smith –piloto– antes de participar en la ceremonia del CT, estuvieron previamente en un mitin organizado por la FESEBES en el Monumento a los Niños Héroes.<sup>10</sup>

Mientras tanto los sindicatos independientes y diversas organizaciones populares llenaron el Zócalo. La principal demanda fue el cambio de la política económica.

El ruidoso río de gente, en una marcha más espontánea que bien organizada, inundó la avenida reforma y tardó aproximadamente cuatro horas en

---

<sup>10</sup> *El Financiero*, 2 de mayo de 1995, citado en Calderón, *op. cit.*

poder pasar por los embudos de las calles de Madero y 5 de Mayo para desembocar en la plancha del Zócalo y darle la vuelta a la explanada. "Abrieron el desfile grupos de comerciantes ambulantes, colonos de zonas marginadas y desempleados agrupados bajo el paraguas del Movimiento Proletario Independiente. Las efigies de Zapata y el Subcomandante Marcos en la descubierta" (Calderón *op. cit.*).

#### LAS CEREMONIAS EN LA TRANSICIÓN POLÍTICA

La clausura de la celebración del Primero de Mayo en 1995 en el Zócalo capitalino se ubica en medio de la sucesión presidencial. 1994 es el último año del gobierno de Salinas y el último año en que se celebra el desfile oficial en el Zócalo, mientras que 1995 es el primer año de gobierno de Zedillo y la primera vez que el desfile oficial se celebra en un espacio alterno al Zócalo: el Teatro Ferrocarrilero. Así mismo, es la primera vez en que la celebración se fragmenta en dos actos, en un evento de corte oficial y otro de tipo no oficial, con dos actores políticos plenamente definidos entre una ¡ceremonia sin desfile y un desfile sin ceremonia! Desde nuestro punto de vista, este hecho representa el símbolo dominante de la transición política en el plano sindical. Por un lado, si bien la celebración oficial se desplaza a un espacio privado, fuera del simbolismo nacionalista que arropaba su conmemoración, no queda exenta de variadas protestas por parte de algunas fracciones del sindicalismo oficial que se rehúsan a ocupar el papel de espectadores. Desde entonces, las ceremonias oficiales serán objeto de burla por parte de sindicatos ¡oficialistas! como el ferrocarrilero, electricista y petrolero, quienes por medio de burlas, carcajadas, sátiras y mofas criticarán a los oradores gubernamentales y dirigentes de sus sindicatos.

De manera contrastante, la realización de la ceremonia en el Zócalo por parte del sindicalismo independiente y disidente adquiere una connotación paradójica. Durante los tres años consecutivos en que se clausura la ceremonia oficial en la plaza principal, la marcha obrera ya no tiene referentes inmediatos a los cuales dirigir su mensaje, salvo los medios de comunicación. Los personajes políticos están celebrando el día del trabajo en un espacio alterno. La ausencia de los eternos líderes sindicales, el

presidente o miembros del gabinete en Palacio Nacional transforma la celebración en un acto vacío donde lo que priva son autoelogios del movimiento obrero “revolucionario” bajo metáforas como la “conquista” del Zócalo. El acto de haber “conquistado” el Zócalo y “desplazado” a los sindicatos oficiales se convierte en una teatralización de la política mexicana. Resulta irónico como en las fechas en que no se llevó a cabo la celebración del Primero de Mayo por parte del sindicalismo oficial en el Zócalo, el llamado sindicalismo independiente no quedó exento de críticas por parte de los trabajadores, tildándolo de “neocharro”, debido a las negociaciones que el Sindicato de Telefonistas estableció con el gobierno de Salinas de Gortari para impulsar el proceso de reforma laboral.

Como quiera que sea, uno de los puntos que nos parecen centrales a este tipo de situaciones es el de que a pesar de las transformaciones sucedidas en torno a la ceremonia del día del trabajo, el corporativismo ha seguido predominando en el sistema de negociaciones políticas en torno a la transición. Éstos son los nudos de los cuales depende arribar a un proceso de consolidación democrática en México. Ni la transición pactada ha tenido el efecto esperado en la instauración de la normalidad democrática, ni los actores logran remontar sus propias contradicciones y prácticas corporativas y clientelares. Lo que la ceremonia obrera permite exponer en su forma y contenido es un conjunto de conflictos y tensiones substanciales del cambio social, los cuales llegan a teatralizarse en el desfile sin ceremonia oficial y en una ceremonia sin desfile oficial.

Una manera de ilustrar esta situación es explorar las ceremonias oficiales fuera del Zócalo capitalino: me refiero a los actos de conmemoración en espacios alternos como el Teatro Ferrocarrilero, la explanada del Congreso del Trabajo y en el Auditorio Nacional durante los años 1995, 1996 y 1997. Puesto que a partir de 1998 y hasta el 2000 retornó al Zócalo capitalino el sindicalismo oficial compartiendo la plaza, en tiempos diferidos, con los independientes y disidentes, y ya bajo el gobierno de Fox, conmemorar el desfile nuevamente en un espacio “cerrado” como el Museo de Antropología y el Auditorio Nacional. Para 1996, fecha en que se realiza por segunda vez el Primero de Mayo en un local cerrado, el Zócalo capitalino fue ocupado por múltiples grupos. Por un lado, estuvieron los llamados foristas y disidentes del CT. Según las crónicas, fue un



Desfile festivo, con la plancha de concreto del Zócalo libre de granaderos, sin el Presidente de la República en el balcón, pero con más de 100 mil trabajadores que marcharon para manifestar su inconformidad con el modelo neoliberal, patentizada en cientos de mantas gigantescas, pancartas y hasta cartulinas garabateadas a mano [...] La marcha empezó a las nueve de la mañana en el Monumento a la Revolución. La descubierta se integró por los 20 dirigentes foristas presentes.<sup>11</sup>

Por supuesto estuvieron ahí también los sindicatos y las organizaciones de la Coordinadora Intersindical Primero de Mayo. Entre los contingentes independientes participaron el Barzón, el FAT, la Coordinadora Nacional de los Pueblos Indios, el MPI, el STUNAM, entre otros.

En la ceremonia oficial de 1997, realizada en el Auditorio Nacional, se dieron sin duda hechos significativos. Por primera vez en más de cuatro décadas, Fidel Velázquez ya no pudo participar. Faltaba muy poco tiempo para su muerte. Diez mil personas llenaron el recinto. “Con sus gorras rojas, [...] sus pants nuevos y sus paliacates al cuello las fuerzas vivas fueron llevadas al Auditorio Nacional en cantidades suficientes para llenar el recinto, hacer la valla y darle realce al acto”.<sup>12</sup> Mientras llegaba el presidente se organizó la ola. Zedillo, los miembros de su gabinete y los líderes obreros fueron colocados en la primera fila, de espalda a los trabajadores. Resaltan hechos significativos de esta ceremonia como la existencia de una misma tónica de protesta que hasta antes de 1995 era protagonizada por los independientes y disidentes. Ya en el acto ceremonial, se dice:

De pifia en pifia los líderes obreros –por viejos unos, por torpes otros– se ganaron insultos y burlas del público [...] Entre silbidos y sarcasmos, titubeante, humillado, la Güera quiso sacudirse la tormenta con un molesto “¡ya voy a acabar!”, pero lo único que logró fue terminar de convocar a los demonios y un largo y generalizado abucheo [...] De resbalón en resbalón, los dirigentes de siempre, con sus eternas lisonjas, se llevaron injurias y silbidos. Flores, [el] dirigente ferrocarrilero no pudo imponerse y terminó su

---

<sup>11</sup> *La Jornada*, 2 de mayo de 1996.

<sup>12</sup> *La Jornada*, 2 de mayo de 1997.

alocución como comenzó: confundiendo cargos y términos [...] al cometer su mayor desatino: se dirigió a Zedillo como presidente de los Estados Unidos [...] aunque desde las gradas sus huestes repetían: ¡Mexicanos! [...] ¡pendejo! [...] Mientras aguardaban al presidente, los obreros se divertieron haciendo la ola, se desafiaban y peleaban por la hegemonía en los gritos y los espacios [...] Eeeese mi Roque!, le lanzaron los petroleros al líder del PRI [...] Ahí va el chinito que nos friega el salario, dijeron al descubrir a Guillermo Ortiz (entonces Secretario de Hacienda) [...] Con Rodríguez Alcaine las masas se desquitaron y, de pasadita, hubo cobro de cuentas y zancadillas. Todo empezó porque no le oían nada: ¡Grita, burro! ¡Ya vete a dormir! [...] Primero de Mayo o el día en que se sublevaron las galerías [...]<sup>13</sup>

Sin embargo, para 1998 la ceremonia volvería a realizarse en el Zócalo capitalino. Esta vez, los sindicatos independientes y disidentes compartieron la plaza de la Constitución con el sindicalismo oficial. A las diez de la mañana en punto entró a la plancha histórica el primer contingente por 16 de septiembre. Por Cinco de Mayo, al mismo tiempo, ingresaba la cabeza de la columna de la Unión Nacional de Trabajadores (UNT). Y apenas 20 minutos antes había salido el último del sector oficial que recuperó el Zócalo, más no la calle. Pero los “independientes” pintaron su raya con los otros dos sectores:

ni con los charros ni con los neocharros [...] Al grupo (de la CIPM) se nutrió también de la infaltable parodia nacional: grandes personajes, escurridizos entre pancartas, sonriendo a la gente: el ex Presidente Carlos Salinas, el actual mandatario Zedillo y el líder Fidel Velázquez. Las máscaras y atuendos provocaron euforia, festividad, gracias a la dramatización que gustosamente hacían tanto actores populares como los marchistas, integrados al espectáculo.<sup>14</sup>

Es importante señalar que el contexto de la ceremonia tiene como característica principal la creación de la Unión Nacional de Trabajadores (UNT); agrupación sindical que integrada por organizaciones como la Coordinadora Intersindical Primero de Mayo, sindicatos disidentes del

---

<sup>13</sup> *La Jornada*, 2 de mayo de 1997.

<sup>14</sup> *La Jornada*, 2 de mayo de 1998.

Congreso del Trabajo e independientes como el FAT, inició en 1996 sus primeros experimentos de alianza, por medio del Foro "El Sindicalismo ante la Nación", con el fin de "democratizar" el sindicalismo corporativo representado por la CTM-CT. En este contexto, algunos analistas señalan que lo más interesante de dicha situación es que el surgimiento de la UNT y la "conquista del Zócalo" han impactado negativamente en la legitimidad del Congreso del Trabajo, como por ejemplo, bajo la reivindicación de que la dirigencia de la UNT sea un órgano colegiado y no una sola figura. No obstante, también es necesario decir que tampoco la propia UNT ha podido aglutinar bajo un mismo proyecto a todas las agrupaciones sindicales, tal como se expresó en el Primero de Mayo de 1999, cuando por un lado trabajadores aglutinados bajo la Coordinadora Intersindical iniciaron su marcha del Hemiciclo a Juárez, mientras que la UNT en el Monumento a la Revolución, y el Frente Sindical Mexicano de la Glorieta de Colón, confluyendo en Reforma.

No es nuestra intención describir periódicamente la celebración, por lo que sólo nos referiremos a ella en virtud de su significado político. La celebración del Día del Trabajo en el año 2001 es el primer acto político del gobierno de Fox con el sector obrero. Representa un momento cumbre en el cual las diversas tradiciones de oposición y las oficialistas del sindicalismo parecen conjugarse en un acto en que ni la ceremonia es esencialmente oficial o extraoficial, sino que constituye un acto híbrido cuyos polos de estructuración son definidos por el ascenso del panismo a la presidencia de la República en el 2000. En primer lugar, la realización de la ceremonia se dio en un ambiente político en que el PRI había sido desplazado del poder presidencial por lo que el sindicalismo oficial, aparte de no terminar por aceptar la derrota electoral del PRI, se presentó ante el dilema de decidir si su participación en la conmemoración debería de ser igual a las anteriores o asumir otra posición. En segundo lugar, por lo que se refiere al sindicalismo independiente y disidente, después de haber "desplazado" del Zócalo capitalino al sindicalismo oficial entre 1995 y 1997, y posteriormente "compartir" la plaza entre los años 1998 y 2000, la ausencia de sus tradicionales símbolos de protesta pareció acercarlo a una celebración del cambio político. Por lo que a la ceremonia se refiere, la celebración por parte del gobierno panista reprodujo la misma práctica anterior, reunirse en el Auditorio Nacional, al



Foto 1. Marcha-mitin de los sindicatos independientes. Primero de Mayo de 2003 (foto de Salvador Maldonado).

que se convocó a la cúpula obrera priísta. Sin embargo, antes de ello desfilaron varios sindicatos hacia el Zócalo, a pesar de que sus líderes fueron convocados al acto oficial del gobierno. La explanada del Palacio Nacional fue compartida con los sindicatos independientes y disidentes aunque en tiempos diferidos.

Durante la ceremonia convocada por el presidente Fox, el acto político resultó, sin embargo, en un espacio de tensión. Según se relata,

En discursos, en consignas, con abucheos y gritos irónicos Vicente Fox recibió ayer, en pleno rostro, el rechazo absoluto a su iniciativa de reforma fiscal. Su exitosa sonrisa quedó en una mal disimulada mueca ante un movimiento obrero que lo recibió con una exclamación unánime: “¡México sí, IVA no!”. Y no le dieron tregua. Se lo dijeron en todos los tonos. En el acto conmemorativo, donde el gobierno fue el anfitrión, no se oyó nada distinto –quizá sólo matices– de lo que en la calle los trabajadores repitieron hasta enronquecer: “no al IVA en medicinas y alimentos”; “no a la política laboral y económica de este régimen”. Ayer [...] el presidente perdió el dominio escénico y esto lo llevó a caer en un *lapsus* que los trabajadores –quienes aun en medio de su arenga no perdían el hilo del discurso– le cobraron caro, cuando dijo que el objetivo es lograr un país “en el que cada vez haya más...



Foto 2. Miembro de la Asamblea Nacional de Braceros. Primero de Mayo de 2003 (foto de Salvador Maldonado).

menos pobres". Sólo eso faltaba a esas alturas para que aquello acabara de descomponerse. Cuando todavía no terminaba Fox de despedirse de los dirigentes gremiales [...] escuchó la última: "¡Salario mínimo al presidente, pa' que vea lo que se siente!". Era esa consigna, como muchas otras traídas de la más vieja lírica marchista y algunas de nuevo cuño [...] Así, cuando trataba de enumerar los logros económicos de su temprana gestión con cifras sobre inversiones, creación de empleos o baja de precios, surgía una voz clarita que señalaba: "¡No sé qué vamos a hacer con tanto dinero!"<sup>15</sup>

Mientras tanto, en el Zócalo capitalino convivieron postoficialistas<sup>16</sup> e independientes y disidentes, aunque con detalles significativos. Los sindicatos [ahora] postoficialistas montaron un templete frente al balcón central del Palacio Nacional, desde donde los dirigentes sindicales saludaban el paso de los contingentes en forma pacífica y por demás monótona. Las consignas contra el panismo y las reformas neoliberales parecían extraviarse en un ambiente de frialdad sonora. Un contingente de la CTM portaba una pancarta que decía: "Los trabajadores de México exigimos la renuncia de Fox por no cumplir las promesas que hizo en campaña". Mientras tanto, y tan sólo después de haber desocupado los postoficialistas la plaza principal, sindicatos independientes y disidentes montaron un templete frente a la catedral metropolitana. Ahí, los dirigentes sindicales resistían discretamente imitar un presidium al estilo de sus antecesores, cuando los contingentes que ingresaban a la plaza por la avenida 5 de Mayo esperaban encontrar alguna señal hacia donde dirigir sus consignas y escenificaciones de pro-

<sup>15</sup> *La Jornada*, 2 de mayo de 2002.

<sup>16</sup> Me refiero al sindicalismo oficial durante la época priista.

testa.<sup>17</sup> Sindicatos independientes de la UNT, CIPM, etcétera, coreaban “no a la reforma fiscal de Fox”. Según se relata,

En la marcha de los trabajadores, la repulsa al funcionario de la Secretaría de Trabajo tuvo también decenas de expresiones. Las intervenciones que recientemente han puesto al titular del Trabajo ante el juicio de la opinión pública, fueron las mismas que ayer se utilizaron para caracterizarlo como un gigantesco monigote con aureola en forma de signo nazi, un libro entre las manos y retratos de mujeres lapidadas. A sus pies, la caricatura llevaba un pequeño muñeco, un *foxito*, al que acompañaba una leyenda: ¡*Virgen de Guadalupe, hazme gringo, por favor!*<sup>18</sup>

Un año más tarde las manifestaciones del sindicalismo independiente orquestarían sus demandas en contra de la privatización eléctrica, la reforma fiscal, en medio de las cuales llevarían al Zócalo otro monigote alusivo a Fox, Guillermo Ortiz y en la que Jorge Castañeda figuraría como personaje central de las consignas.<sup>19</sup>

En resumen, lo que podemos distinguir del foxismo, así como de las políticas sindicales llevadas a cabo, es que el gobierno panista siguió reproduciendo una red de alianzas y pactos políticos con el fin de obtener estabilidad política. El corporativismo si bien fue cuestionado en su forma de intermediación sindical, en el fondo continuó siendo una pieza



Foto 3. Consignas de las Asociaciones Políticas. Primero de Mayo de 2003 (foto de Salvador Maldonado).

<sup>17</sup> Los medios masivos de comunicación cumplieron en parte este elemento de interlocución.

<sup>18</sup> *La Jornada*, 2 de mayo de 2001.

<sup>19</sup> Registro personal durante la asistencia al acto.



Foto 4. Barrenderos divirtiéndose con la basura que queda después del desfile del Primero de Mayo de 2003 (foto de Salvador Maldonado).

importante para las reformas políticas, como lo prueba la imposibilidad de impulsar una reforma laboral como la que pretendía aplicarse. De esta manera, las expectativas generadas por Fox no han encontrado nuevos referentes simbólicos sobre los cuales el sistema de poder encuentre soporte. Si bien se ha dicho que el ascenso del PAN a la presidencia de la República representa una ruptura histórica con el pasado, es difícil pensar que dicho cambio significa el desplazamiento del sistema corporativo y de las elites priistas del poder nacional. Durante las tres celebraciones del día del trabajo, Fox ha reafirmado la importancia de los pactos y alianzas con viejos

actores como la cúpula obrera priista con motivo de negociar las reformas planteadas por su gobierno,<sup>20</sup> como lo prueba la invitación a las celebraciones. Así, ha seguido manteniendo una interlocución permanente con el sindicalismo oficial, cuyos acuerdos ha redundado en la postergación y anulación del juicio político y judicial contra los líderes del Sindicato Petrolero, en el marco de las elecciones presidenciales del 2000, debido al financiamiento con dinero público y del erario del propio sindicato a la campaña del entonces candidato Labastida.

<sup>20</sup> Cabe resaltar la tan esperada reforma laboral que el Secretario del Trabajo planteó desde su inicio en el gobierno. No obstante, aún cuando la reforma laboral no se ha podido votar en la Cámara de Diputados y Senadores, la estrategia del gobierno fue el de aislar a los postoficialistas para pactar la reforma laboral sin alterar los espacios de poder sindical; motivos que el sindicalismo independiente no aceptó retirándose de la mesa de negociaciones. Al final, la reforma laboral está sujeta a las propias negociaciones del panismo con el priismo, el cual ha utilizado provechosamente para apuntalar al partido y sus actores políticos centrales en el gobierno foxista.

Por otra parte, si la consolidación democrática esperada bajo el foxismo se diluyó gradualmente bajo aquellas transacciones políticas en la que priistas y panistas convergen de forma evidente (por ejemplo, Fobaproa), la democratización sindical ha sido un tema hasta ahora pendiente. Las celebraciones del Primero de Mayo son una muestra de las tensiones subyacentes a la transición. Mientras que a la ceremonia oficial programada por el gobierno panista se convoca a la cúpula obrera priista así como a sus opositores sindicales, tanto unos como otros participan activamente en las manifestaciones en el Zócalo capitalino. Enarbolan demandas contra el gobierno y fungen como interlocutores de quien se dice atenta contra el sindicalismo y los derechos laborales. El doble papel que desempeñan los líderes del sindicalismo mexicano no sólo es una expresión de teatralidad política, sino además un simulacro encaminado a otorgar un sentido al desordenado proceso político mexicano.

#### CONSIDERACIONES FINALES

En este artículo he intentado trazar los principales cambios de la ceremonia del Primero de Mayo, mediante un examen de su correspondencia con los cambios en las políticas de ajuste estructural y de reforma política. He afirmado que los principales cambios provocados por el neoliberalismo en la economía y la política mexicana han sido aspectos importantes que han definido el contenido de las ceremonias. No obstante, lo que es evidente es que los líderes sindicales han construido un doble lenguaje de la política nacional. Por un lado, critican políticas y personajes alimentando un teatro político destinado a las masas y los medios de comunicación mientras que, por otro lado, construyen y pactan alianzas que afectan a miles de trabajadores. Ello no significa que no haya un movimiento social u obrero crítico de la situación económica—las ceremonias que hemos descrito contienen alto grado de inconformidad—; sin embargo, todavía funciona un sistema de intermediación política que colapsa brotes locales de protesta. En suma, si hay algo de verdad de todo esto, es que el sistema de dominación en México sigue vigente, e incluso de una manera más férrea que lo que podemos imaginar. Las pugnas de la elite política por momentos llegan a alimentar un



cierto anhelo por cambiar las cosas, pero cada vez más somos testigos de que una convocatoria a un cambio profundo del orden, las atrinchera en sus nichos jurídicos, justificando la represión política con grados de cinismo. Los términos en que las elites del México neoliberal ganan mayor terreno en sus intereses no sólo tienen que ver con la forma en que se traducen los discursos liberales de ciudadanía a las capas más desprotegidas de la sociedad por medio de la "invención democrática", como por la manera en que los derechos e igualdad son inscritos en el cuerpo social mediante pedagogías constructivistas de nociones de "persona" con intereses y habilidades individuales más que colectivos. La celebración del Primero de Mayo es, pues, un acto público que permite a los protagonistas definir las fronteras de las oposiciones mediante prácticas y discursos, pero cuyo significado deja intacta la dominación. En conclusión, lo que las disputas por la celebración aportan a una caracterización del cambio político mexicano, es el hecho de que las dimensiones rituales de la política siguen estando enmarcadas dentro del proceso hegemónico dominante, lo que imprime un sentido altamente teatralizado al proceso de transición política a la democracia.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABÉLÈS, Marc, "Antropología política. Nuevos objetos, nuevos problemas". Versión electrónica de Internet. Cátedra UNESCO, <http://www.unesco.org/issj/rics153/abelespa.html>, 1994.
- ADLER LOMNITZ, Larissa, Claudio LOMNITZ e Ilya ADLER, "El fondo de la forma: la campaña presidencial del PRI en 1988", en: Revista *Nueva Antropología*, México, Plaza y Valdéz, Colmex, ENAH, núm. 38, 1990.
- ARAIZA, Luis, *Génesis, significado y mistificación del Primero de Mayo*, México, CEHSMO, 1977.
- BALANDIER, Georges, *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, Barcelona, España, editorial Paidós, 1994.
- CALDERÓN MÓLGORA, Marco, "La disputa por el Zócalo. Cambios en la ceremonia del (1976-1999)". Ponencia presentada en el Seminario: *Usos de la Calle*, CEMCA, Inédito, 2000.
- CARR, Barry, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, México, Era editorial, 1996.

- DE LA GARZA, Enrique, *Reestructuración productiva y respuesta sindical en México*, México, UNAM, 1993.
- FERNÁNDEZ, Jorge y Fco. Ignacio TAIBO II (coords.), *El Primer 1° de Mayo en el mundo*, AMCEHSMO, tomo II, México, 1982.
- HARTOG, Francois, *Régimes D'Historicité. Présentisme et expériences du temps*, Seuil, La Librairie du XXe Siècle, 2003.
- HOBBSAWM, Eric, *La invención de la tradición*, Madrid, España, Crítica, 2002.
- KERTZER, David, *Ritual, Politics & Power*, Yale University, 1988.
- LUJAMBIO, Alonso, *Federalismo y Congreso en el cambio político mexicano*, México, UNAM, 1995.
- MONZÓN, Rosalinda, "Celebraciones del Primero de Mayo en México (1914-1941)", en Fernández y Taibo II, *et al.*, *El Primer 1° de Mayo en el Mundo*, México, AMCEHSMO, tomo II, 1982.
- NAROTZKY, Susana, "El tribunal de la historia entre justicia y verdad. Reflexiones a propósito de un documento privado de la Revolución, la Guerra Civil Española y la Postguerra (1936-1977)". Ponencia presentada en el *Seminario Internacional Políticas de la Memoria en Regímenes Democráticos*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 6 y 7 de marzo de 2005.
- RIVIÉRE, Claude, *Les Rites Profanes*, París, Presses Universitaires de France, 1995a.  
—, *Les Liturgies Politiques*, París, Presses Universitaires de France, 1995b.
- SÁNCHEZ DÍAZ, Sergio, "¿Los tiempos están cambiando? El Primero de Mayo de 1996", en Revista *El Cotidiano*, México, UAM-A, núm. 78, septiembre, 1996.
- SAYER, Derek, *Capitalismo y modernidad, Una lectura de Marx y Weber*, Buenos Aires, Argentina, editorial Losada, 1996.
- TERRADAS, Ignasi, "La reciprocidad superada por la equidad, el amor y la amistad", en Revista *Endoxa, series filosóficas*, número 15, UNED, Madrid, 2002.
- TURNER, Victor, *Dramas, Fields, and Metaphors*, New York, Cornell University, 1974.
- OTHÓN QUIROZ, José, "El Primero de Mayo: entre el grito y el rito", en: Revista *El Cotidiano*, México, UAM-A, núm. 97, septiembre-octubre, 1999.

FECHA DE RECEPCIÓN DEL ARTÍCULO: 30 de mayo de 2006

FECHA DE ACEPTACIÓN Y RECEPCIÓN DE LA VERSIÓN FINAL: 12 de septiembre de 2006

